

	<p>XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - CICLO C</p> <p>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
---	--

TEXTOS

DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES (5,14-17)

En aquellos días, Naamán el sirio bajó y se bañó siete veces en el Jordán, como se lo había mandado Eliseo, en nombre de Dios, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño. Volvió con su comitiva al hombre de Dios y se le presentó diciendo:

- Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel. Y tú acepta un presente de tu servidor.

Contestó Eliseo:

-Juro por Dios a quien sirvo que no aceptaré nada.

Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo:

- Entonces, que entreguen a tu servidor una carga de tierra que pueda llevar un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios de comunión a otro Dios que no sea "el Señor".

DE LA SEGUNDA CARTA DE PABLO A TIMOTEO (2, 8-13)

Haz memoria de Cristo el Señor, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Este ha sido mi evangelio por el que sufro hasta llevar cadenas como un malhechor. Pero la Palabra de Dios no está encadenada.

Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen su salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna.

Es doctrina segura:

Si morimos con Él, viviremos con Él.
Si perseveramos, reinaremos con Él.
Si lo negamos, también Él os negará.
Si somos infieles, Él permanecerá fiel,
porque no puede negarse a sí mismo.

DEL EVANGELIO DE LUCAS (17,11-19)

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:

- Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo:

- Id a presentaros a los sacerdotes.

Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo:

-¿No han quedado limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

Y le dijo:

- Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

TEMAS Y CONTEXTOS

La lectura continua de Lucas nos lleva al episodio de los diez leprosos. Esta lectura atrae la de la curación del leproso Naamán por el profeta Eliseo. El texto de Pablo es independiente y sigue la lectura continua de la segunda carta a Timoteo.

EL EPISODIO DE NAAMÁN EL SIRIO

Los dos Libros de los Reyes cuentan la historia del Pueblo de Israel desde la muerte de David (971 a.C.) hasta la destrucción de Jerusalén (587 a.C.)

Estos libros se tienen por libros "históricos". Sin embargo, sabemos bien que Israel no escribe estos libros por interés histórico. Para eso estaban otros libros, frecuentemente citados en éstos, libros de Anales, crónicas de corte. Los autores de los Libros de los Reyes (la escuela Deuteronomista) utilizan esos otros libros como materiales para su obra, y en ella hacen una "lectura teológica" de la historia de Israel, mostrando cómo al pueblo le va bien cuando guarda la Alianza, y le va mal cuando se aleja de Dios. Por esta razón, estos libros se llamaban originariamente "los profetas anteriores", porque su intención es la misma que la de los "profetas posteriores" (los que ahora nosotros conocemos como libros proféticos, Isaías, Jeremías etc., etc.), es decir: leer la historia a la luz de La Palabra y hacer que el Pueblo, y los reyes, cumplan la Alianza.

Incluso se piensa que el Deuteronomio y los libros "históricos" que le siguen (Josué-Jueces-Samuel-Reyes) son una única obra, en que el Deuteronomio es un gran prólogo teológico que da las pautas teológicas básicas y los otros libros las aplican al desarrollo de la historia del pueblo.

En estos dos libros aparecen muchos "profetas", hombres de Dios que anuncian La Palabra, amenazan al Pueblo con castigos de Dios si se apartan de La Ley, y lo animan a fiarse sólo de Dios en unos momentos históricos amenazadores.

Entre estos profetas hay dos especialmente importantes: Elías y su discípulo Eliseo, que ocupan capítulos enteros de manera que se suele hablar del "ciclo de Elías" y el "ciclo de Eliseo" como partes fundamentales de estos libros.

En el fragmento que hoy leemos, Eliseo, que es uno de los profetas más milagrosos de todo el A.T., cura a un personaje sirio, general y hombre importante de la corte, enfermo de una afección cutánea (que no es lepra propiamente dicha, pues si lo fuera estaría excluido de toda función pública).

El relato es literariamente complejísimo, lleno de símbolos que hoy nos pasan casi desapercibidos. La esencia del relato es, sin embargo, clara: la presencia en Israel del poder del único Dios, que cura a cualquiera por la acción de su siervo el profeta. Es una

incitación al pueblo a reconocer que el poder de Dios es mucho mayor que el poder de los falsos dioses extranjeros y, por tanto, una exhortación a confiar en Él.

LA CARTA A TIMOTEO

Dando por supuesto lo que explicamos los domingos anteriores sobre esta carta, vemos en este fragmento una hermosa exhortación de Pablo (más bien puesta en boca de Pablo por el autor), a mantener la fidelidad a Cristo en tiempos muy difíciles.

El texto de hoy ofrece una síntesis mínima pero densa de la fe en el Resucitado, fuente y motivo de toda esperanza. La evoca Pablo encadenado, en prisión, recordando los maravillosos frutos que se han seguido de esa prisión y manifestando otra vez su inquebrantable confianza.

El himno final muestra una serie de oposiciones que se rompen en el último verso, y es un acto de fe en Cristo por encima de nuestra propia fidelidad: aunque nosotros le seamos infieles, Él tiene que ser fiel a sí mismo. Nuestra confianza no radica en nuestra propia justicia, sino en el ser mismo de Dios Salvador.

EL EVANGELIO DE LUCAS

Hay autores que piensan que éste no es el relato de un suceso, sino una parábola vestida con imágenes. Para nuestra interpretación, nos es indiferente.

Los "protagonistas" del milagro son diez leprosos. En toda la Biblia se llama genéricamente "lepra" a cualquier clase de afección cutánea, a veces simples erupciones curables. Estas enfermedades son muy temidas, y el Libro del Levítico se preocupa mucho de ellas en los capítulos 13 y 14. Se consideran - como casi todas las enfermedades - castigo de Dios, y su curación es casi siempre "milagrosa", o fruto de una especial acción de los sacerdotes o los hombres de Dios. Los "leprosos" son estrictamente excluidos, tienen que vivir fuera de poblado, y hacer diversas muestras (tocar campanillas, lamentarse...) para que la gente no se acerque. Jesús se ha saltado frecuentemente las normas de alejarse de los leprosos. Un episodio característico es el de Marcos 1,40 (paralelo en Mateo 8,4 y Lucas 5,12), en que se dice expresamente que Jesús **tocó al leproso**, quebrantando el expreso mandato de la ley, que convierte en "impuro" al que toque a un leproso. Es un tema frecuente en los sinópticos, que lo aprovechan para enfrentar a Jesús con la más terrible de las enfermedades y para mostrar a Jesús por encima de la Ley. Curiosamente, el tema está completamente ausente de Juan.

La respuesta de Jesús es remitirles a los sacerdotes, no para que les curen, sino para que - según manda la Ley - certifiquen que están curados. Diríamos que Jesús "evita los trámites", ni siquiera hace un gesto de curación. Ya están curados, que los sacerdotes lo certifiquen, para que puedan volver a la vida normal.

Pero el énfasis de la narración parece ponerse en la actitud de los curados. De los diez, nueve desaparecen sin más. Uno de ellos, un samaritano (extranjero hereje despreciado por los judíos) ni siquiera va a los sacerdotes: vuelve a Jesús agradecido. Jesús insiste precisamente en que es "ese extranjero" el que ha actuado como debía.

Se termina con la consabida expresión: "tu fe te ha salvado". Y, a los otros nueve, ¿qué les ha salvado? No parece que se trate de la curación. De esa curación viene para el samaritano agradecido una salvación más profunda.

"Tu fe te ha salvado" es un tema frecuente en el Evangelio. Lo encontramos en Mateo 8, el episodio del centurión, Mateo 9, el paralítico, y la mujer con flujo de sangre, Mateo 15, la mujer que pide la curación de su hija, Marcos 5, la hija de Jairo, Marcos 9, "creo, Señor, ayuda mi poca fe"... y en innumerables pasajes en que Jesús exhorta a la fe o reprocha la poca fe. En el evangelio del domingo pasado tuvimos también un breve ejemplo. Allí desarrollamos la idea de la fe, no para mover montañas por capricho, sino para mover la montaña del pecado, para convertir a la humanidad, para construir el reino.

Este es el sentido de la fe en los milagros. No se trata de que un convencimiento profundo "hace milagros", desata las potencialidades ocultas y produce sanaciones sorprendentes. Esto puede ser verdad, pero no es el mensaje. El mensaje es que el milagro es manifestación de que aquí está el Espíritu, el que combate todo mal, el que es capaz de curar todo. Creer en Él, en el Espíritu, en la fuerza de Dios que está en Jesús, es la primera piedra del Reino. Creer en Él nos convierte, nos sana, nos limpia, nos hace criaturas nuevas, hace posible el milagro de los milagros, que vivamos para el Reino.

Y, una vez más, apreciamos el escaso acierto de la elección de los textos de hoy. La palabra "lepra", de la lectura continua de Lucas, ha atraído otro relato de "lepra" del AT., cuyo mensaje apenas tiene nada que ver con el Evangelio.

Los milagros del Antiguo Testamento apenas son otra cosa que "prueba" de que el poder de Dios actúa ahí, de que éste es un profeta verdadero. Los Milagros de Jesús son interpretados frecuentemente así por sus contemporáneos (y aun, en algún caso, por los mismos evangelistas). Pero son mucho más: son la presencia de La Salvación, la revelación de Dios mismo, que es, ante todo, el que sana. Por eso es lo mismo curar que perdonar los pecados: es la presencia del Espíritu, que elimina todo mal.

REFLEXIÓN

Una vez más, se nos invita a creer en el Espíritu, en Jesús, el Hombre Lleno del Espíritu. Se nos invita a creer en el Espíritu que habita en nosotros. Los efectos del Espíritu son curación. Y es el primer efecto del Espíritu en nosotros: curarnos de nuestras enfermedades. Es la esencia de lo que hemos llamado "conversión", y que explicamos tan mal, de forma tan voluntarista. Pensamos que convertirse es decidirse a cambiar, hacer un acto de voluntad y elegir libremente obedecer a Dios. Estos son nuestros tristes esquemas filosóficos, tan apartados de la realidad humana. El Evangelio es más humano, porque Dios conoce al ser humano mucho mejor que los filósofos.

Convertirse es que la cercanía de Jesús nos va cambiando. Convertirse es que la presencia del Fuego nos va calentando, la presencia del Agua nos va lavando, nos va fertilizando, la presencia del Espíritu nos va haciendo espíritu, liberándonos del pecado, de la carne, del mundo, que significan lo mismo: todas esas fuerzas que nos esclavizan.

No podemos convertirnos por un acto de voluntad. La prueba está en nuestros ridículos propósitos de enmienda que naufragan de una confesión a otra, de unos Ejercicios Espirituales a otros. No podemos vencer a la enfermedad, a la muerte, al pecado. No podemos vencer la atracción irresistible del fruto del árbol prohibido.

Pero sí podemos acercarnos a la Fuente, a la Llama, a la Palabra. Y eso sí nos cambia. "Si crees, todo es posible". Y ¿qué haremos para creer? Tratar a Jesús, orar, conectar con la Palabra, celebrar bien la Eucaristía, leer, contemplar, obedecer a los impulsos prácticos

del Espíritu, estar atentos, reconocer cuándo actúa en nosotros el Espíritu de Jesús, dar gracias entonces, acudir al Sacramento de la reconciliación para reconocer el poder del mal en mí y escuchar la Palabra de aliento de mi Madre.... Todo esto se resume en la palabra CRECER en el Espíritu.

Nosotros, como el samaritano agradecido, sabemos que La Palabra, la Fe, nos ha curado de muchas cosas. Y volvemos a Jesús, agradecidos, porque, inteligentemente, nos damos cuenta de que de Él han nacido todos nuestros bienes. Y escuchamos la Palabra de Dios: ten fe, la Palabra es Poderosa, es tu Liberación.

Es magnífico creer en el Dios de Jesús, el Médico, el Libertador. Nuestra vida tiene demasiadas cargas como para que Dios sea la carga de las cargas. No; la carga peor es el pecado, la envidia y la lujuria y la tacañería y la mezquindad y la pereza y tantas y tantas esclavitudes. Dios es Médico, Pastor, Luz, Libertador de los pecados. Ése Dios sí que nos hace falta. En ése Dios están deseando creer todos los pobres y los enfermos del mundo. Por eso el Evangelio, lo que tenemos que anunciar, es "La Buena Nueva", "La gran Noticia".

PARA NUESTRA ORACIÓN

Como el leproso agradecido, acudimos a la presencia de Dios, para darle gracias por la salud, por la liberación, por la luz que hemos recibido y recibimos de Jesús.

*Creo que Dios es mi Padre,
mi médico, mi libertador
el que lo crea todo para bien,
el que trabaja sin descanso por sus hijos.*

*Creo más que a mis ojos a su Palabra,
Jesús, el Hombre lleno del Espíritu,
que es luz, camino y verdad,
que es agua, pan y vino,
nacido de María,
entregado hasta la muerte,
vivo para siempre junto a Dios.*

*Creo en el Espíritu, el Viento de Dios,
porque lo he visto resplandecer en Jesús
y lo sigo sintiendo en mí y en la Iglesia.*

*Por Jesús y por su Espíritu
creo en el perdón, creo en la humanidad,
creo que en la Iglesia está el Espíritu,
creo que la vida es eterna,
y la espero para mí y para todos,
por el poder y la bondad del Padre
manifestada en Jesucristo, nuestro Señor.*